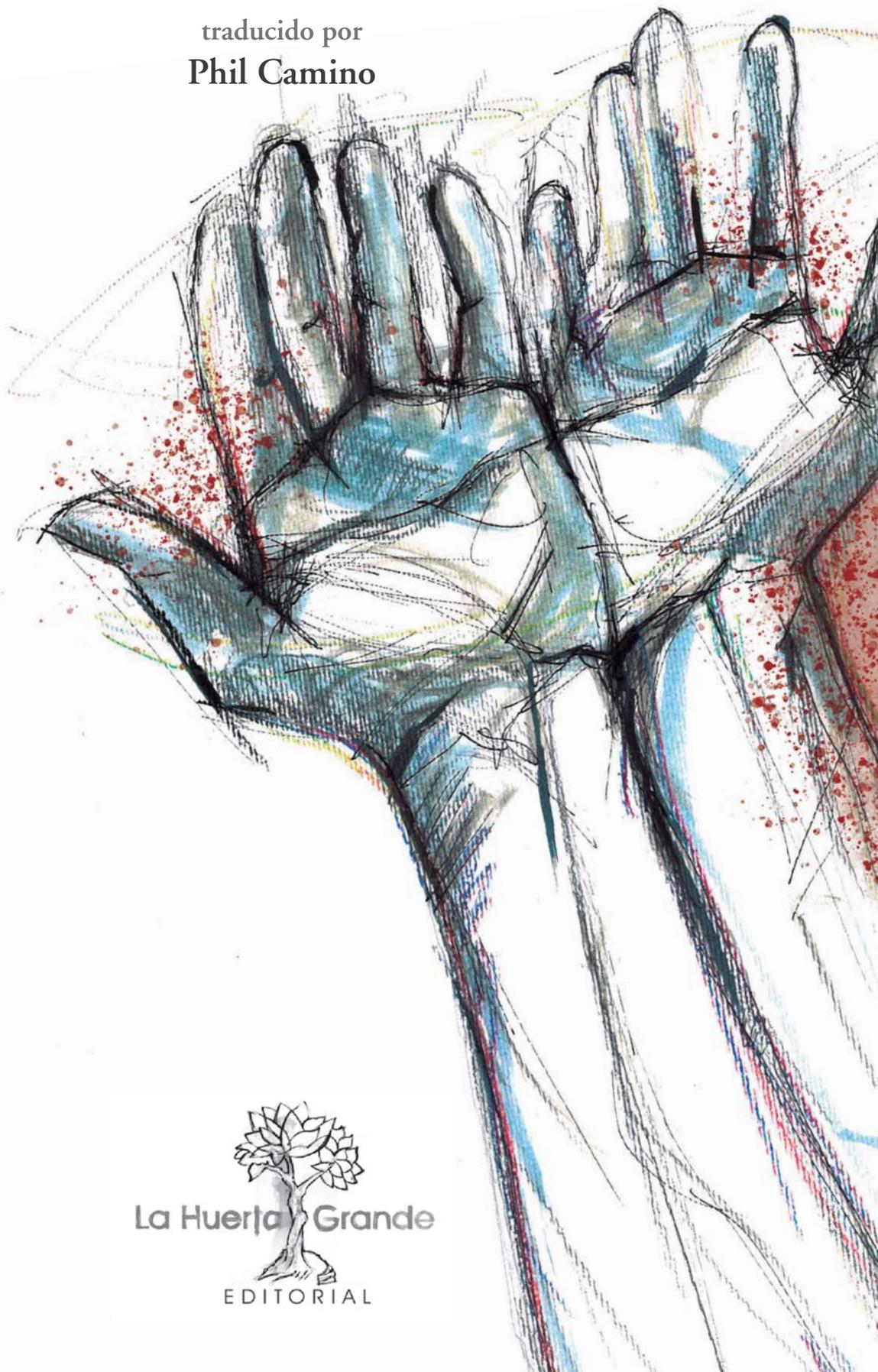


VIOLETTE AILHAUD
el hombre simiente

ilustrado por
Patricia Romero

traducido por
Phil Camino




La Huerfa Grande
EDITORIAL



El hombre simiente
Violette Ailhaud

Ilustrado por
Patricia Romero

Traducido por
Phil Camino

Prefacio

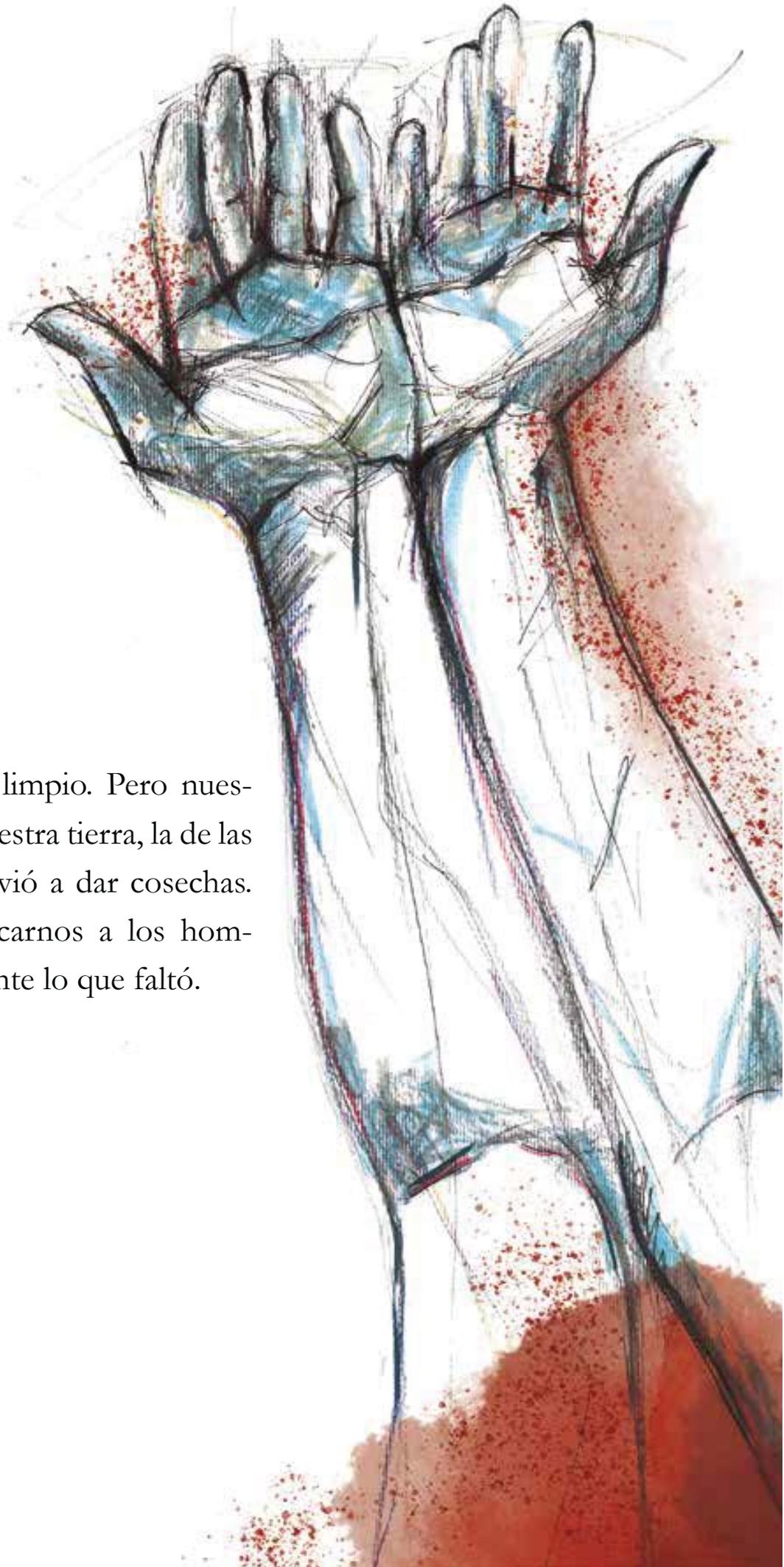
*La Saule Mort**, 19 de junio de 1919

He decidido contar lo que pasó después del invierno de 1852 porque, por segunda vez en menos de setenta años, nuestro pueblo acaba de perder a todos sus hombres sin excepción. El último murió el día del Armisticio, el 11 de noviembre.

*La Saule Mort es una aldea del pueblo de Poil, en la región de Alpes-de-Haute-Provence. Violette Ailhaud vivió ahí sus últimos años y murió allí en 1925. En su testamento había un sobre que no podía ser abierto por ningún notario antes del verano de 1952. Una vez abierto, la consigna indicaba que su contenido, un manuscrito, debía ser confiado al mayor de los descendientes de Violette, de sexo femenino exclusivamente, cuando tuviera entre quince y treinta años. Yvelyne, de veinticuatro años, se encontró en posesión del texto de este libro en julio de 1952.

Para nosotras, las mujeres, no hay victoria sino vacío y uno mis lágrimas a las de todas las mujeres, alemanas o francesas, que vagan por su casa vacía de hombres. Lloro por esos brazos perdidos hechos para abrazarnos y tumbar a las ovejas para trasquilarlas. Lloro esas manos segadas hechas para acariciarnos y sujetar la hoz durante horas. Tenía dieciséis años en 1851, treinta y cinco en 1870 y ochenta y cuatro hoy. Cada vez, la República nos arrancó a nuestros hombres como se esquilman los campos.

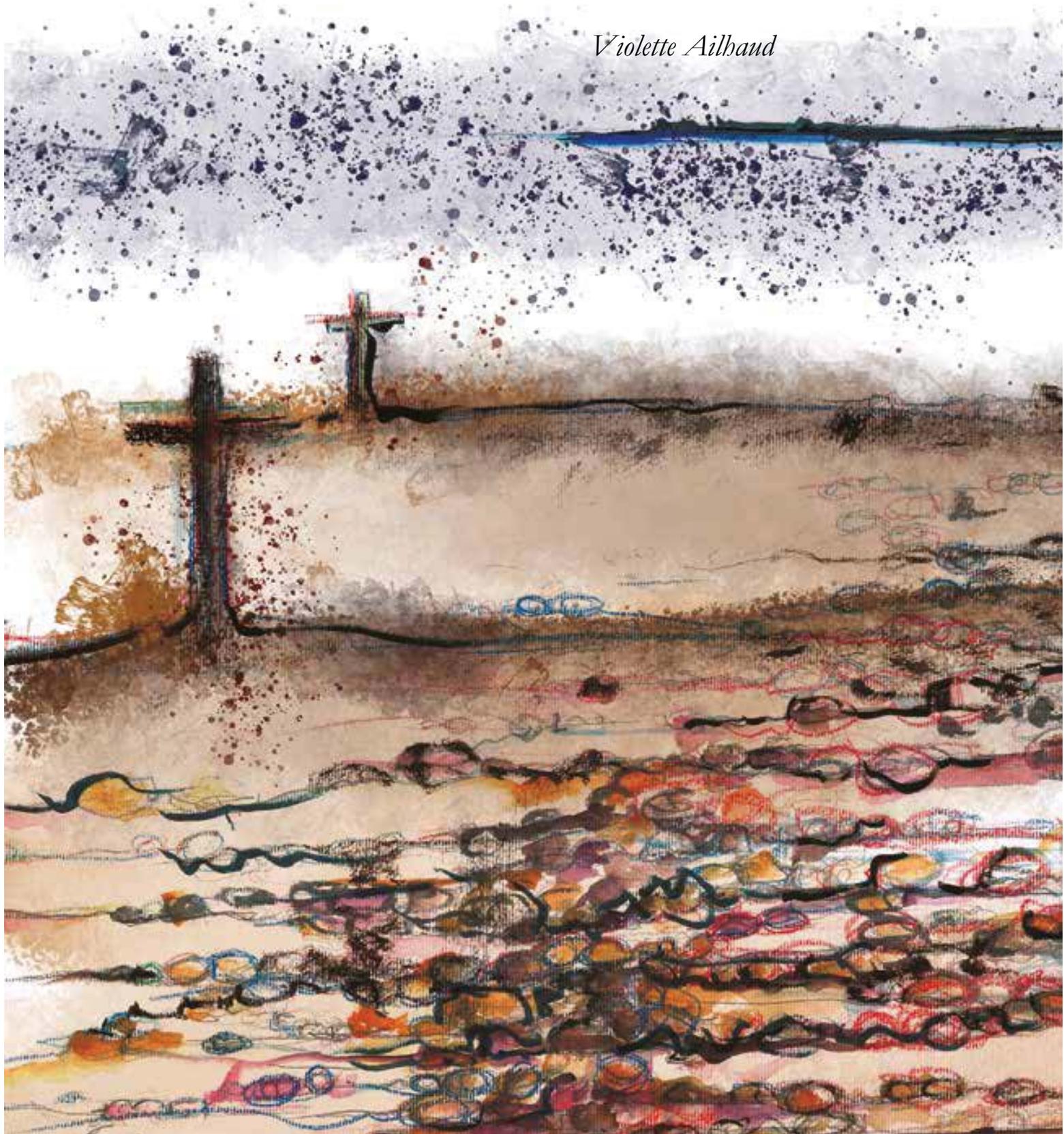
Fue un trabajo limpio. Pero nuestros vientres, nuestra tierra, la de las mujeres, no volvió a dar cosechas. De tanto arrancarnos a los hombres, es la simiente lo que faltó.



La historia que hoy cuento, en la noche de mi vida, tuvo lugar en provenzal. En aquella época no teníamos otra lengua, solo esa que habíamos recibido de nuestros padres. El idioma provenzal —el *patois* dicen las malas lenguas— es mi lengua materna y la admiro por su resistencia. Sin embargo, he escogido escribir nuestra historia en francés para que aquello de lo que daré testimonio se expanda más allá de nuestra región y porque amo también esta segunda lengua. La he aprendido, la he adop-

tado como se adopta una patria, la he enseñado. Es la de esta república por la que nuestros hombres dieron su vida de golpe y nosotras la nuestra durante toda nuestra vida de mujer.

Violette Ailhaud



1

Llega desde el fondo del valle. Mucho antes de que pase el vado del río, de que la sombra se tronche, como un lento parpadeo de ojos, el agua brillando entre las isletas, sabemos que es un hombre. Nuestros cuerpos vacíos de mujeres sin esposos se han puesto a resonar de una forma que no engaña. Nuestros brazos fatigados dejan, de golpe y al mismo tiempo, de apilar el heno. Nos

miramos sabiendo que cada una recuerda el juramento. Nuestras manos se entrelazan y nuestros dedos se estrujan hasta que suenan las juntas: nuestro sueño está en marcha, helándonos de miedo y quemándonos de deseo. El hombre sube. Camina a buen ritmo. Sin embargo, su marcha parece lenta, dolorosamente lenta para nuestros nervios a flor de piel. Para matar ese tiempo que nos tortura, redoblamos el esfuerzo que ponemos en la tarea.







*Mi corazón y mi cuerpo están vacíos.
El primero llora al hombre perdido.
El segundo al hombre que no viene.*

Violette Ailhaud

